

Sucesos en la sala de espera

Autor: Manolo Campa

Uno de los grandes acontecimientos en la vida de una familia es el nacimiento de un nuevo miembro. Yo doy testimonio de ello: Este año, en el mes de marzo, nació Christian Javier, mi quinto nieto, y en agosto llegó al mundo Andre Joseph, el sexto de los hijos de mis hijos. Para el mes de febrero del próximo año volveré a escribir sobre este tema cuando llegue "la cigüeña" con el séptimo "encarguito".

Christian Javier se parece a mí. Es gordito y muy sonriente... ¡como yo! La hermana que posee un vocabulario en español propio de una persona mayor gracias a la bisabuela, la abuela, la tía abuela y los programas de los canales de televisión hispanos, lo llama "Gordillo".

Andre Joseph no puede ocultar sus rasgos asiáticos detrás de sus dos nombres europeos. Tiene ojos oblicuos, mucho pelo negro y la piel del color de los paisanos de Confucio. Se nota que desciende de chinos. Es el vivo retrato de su padre. Es una reproducción en miniatura del abuelo que vivió en Hong-Kong... pero en "algo" se parece a mí: ¡duerme plácidamente!

A los padres de esta generación que comienza les falta "puntería" a la hora de escoger nombres para sus "babies". "Gordillo" llevaría un nombre más taurino si le hubiesen llamado Manuel Javier... ¡Manolete!... ¡Ole!

Y nuestro chinito tendría un nombre de más impacto en los torneos de artes marciales si se llamase: ¡Manuel José, el "karate kid"! ¿No les parece?

Como soy un abuelo con muchas "horas de vuelo" en las salas de espera de los pisos de Maternidad de varios hospitales, controladas mis emociones con la tranquilidad que da la experiencia, me dedique en mi sexta visita a analizar las caricaturescas actuaciones de otros abuelos y abuelas que no podían ocultar que eran "primerizos".

He aquí mis comentarios: Al padre de un futuro padre, le asomaban los pantalones de la payama por debajo de los pantalones de trabajo que vestía... tenía los cordones de los zapatos desatados... se fumó su cajetilla de cigarrillos, la de su consuegro y la del "janitor" que estaba pasando la aspiradora por la alfombra del salón de espera.

El padre de la que estaba siendo madre lucía "destruido", despeinado, con el nudo de la corbata a media asta... la camisa, por detrás, se le salía del pantalón... cada quince minutos hacía una visita al "men's room", y una vez de cada dos olvidaba subirse el zíper.

Un tío abuelo, no se si paterno o materno, daba la impresión de un turista recorriendo un museo a exceso de velocidad: caminaba de norte a sur y de derecha a izquierda, leyendo cuanta cosa estaba escrita en los carteles situados en las paredes. Se aprendió el nombre de todos los médicos que aparecían en una tablilla con bombillitos que se encienden cuando el galeno está en el hospital. También memorizó los nombres de los benefactores que aparecían en otra tablilla agrupados por las cantidades donadas, pudiendo decir, sin equivocarse, lo aportado por cada uno.

Se convirtió en la sombra y la pesadilla del empleado que estaba limpiando los pasillos. Dejó sus huellas en el piso húmedo cuando dobló hacia la derecha, y cuando, al tratar de frenar, resbaló en el viaje de regreso.

Cuando el “janitor” se creía a salvo porque limpiaba un “hall” más apartado, por allí se apareció el pariente “road runner”, pasando a toda velocidad y regresando también “como alma que se lleva el diablo”, ignorando, temerariamente, los cartelitos amarillos que decían “wet floor”.

La futura abuela materna, para mantenerse ecuánime, entre sollozos, estornudos, bostezos y otros signos nerviosos, se comió un “uaper”, un “bigmac” y un “submarine sándwich”; dos “mile-long hot dogs” y tres fritas criollas acompañadas de una “malta”.

La otra abuela no presentaba muestras “visibles” de nerviosismo. Se podía deducir que era una mujer de fe en control de sus emociones... Permanecía sentada en una butaca, en una esquina, al lado de una mesita con una lámpara que daba buena luz para leer. Sobre la mesita descansaban varios libros impresionantes: una Biblia de cubierta negra con letra doradas y un diccionario, también de cubierta negra con letras doradas que hizo el viaje al hospital confundido con un libro de oraciones.

Un rosario de cuentas de cristal servía de pisapapeles a un montoncito de estampitas. Producto de la prisa y los nervios, se agrupaban en la misma tonguita, santos milagrosos con lanzadores y bateadores famosos del “base-ball”. Valenzuela, Canseco, Alomar y Palmeiro se codeaban con miembros reconocidos de la corte celestial.

San Gerardo Maiella, patrono de la maternidad, no podía faltar en aquellos momentos propios de su especialidad. Nuestra Señora de la Leche, intercesora a favor de una abundante alimentación de los críos, vía los pechos maternos, también estaba allí por derecho propio.

A San Judas Tadeo, el abogado de los casos desesperados, le rezaba esta abuela para que se hiciera cargo del caso de la otra abuela que comía con la voracidad de un naufrago acabado de rescatar.

Y así, más o menos así, pasaba el tiempo hasta que apareció en la escena el nuevo padre... pálido, sudoroso, todavía vestido con la payama verde, el gorro y los zapatos de papel azul clarito. Con la voz entrecortada por la emoción, proclamó la gran noticia del nacimiento de un niño... y de una niña ¡eran mellizos!

En medio del alboroto que produjo en aquella familia la gran noticia del doble nacimiento, se abrieron las puertas del elevador como cortinas de un escenario y apareció triunfante el único personaje que había sabido qué hacer en este drama tan humano: ¡el médico partero!

Con profesional satisfacción, se dirigió a todos diciéndoles ceremonioso: “la madre está muy bien, fue un parto bueno... ustedes lucen muy mal... una visita corta para ver a los niños por la ventana del ‘nursery’... y a casa todos, a descansar que ustedes sí han tenido una experiencia traumática”.

Con suficiencia de veterano y con admiración de colega, los observé alejarse llevándose con ellos su escandalosa alegría de parientes de recién nacido.

